

en el frontispicio de San Pedro. Esos tres lugares, que reunidos presentan el más precioso conjunto, tienen una longitud total de 1,073 piés.

En fin, tocamos el *umbral de los santos Apóstoles: ad limina Apostolorum*. ¿Qué decir del templo inmortal edificado por el genio cristiano al ilustre jefe de la Iglesia? Un todo perfectamente armónico, á pesar de sus colosales proporciones, adornos dorados admirablemente distribuidos, exquisitas pinturas, los más preciosos mármoles, mosaicos de inimitable riqueza, colorido y dibujo: hé aquí lo que hiere, lo que admira la vista, por cualquier lado que se dirija. Pero no debo hablar hoy de las humanas magnificencias del augusto monumento; no he venido como artista, sino como cristiano. En esta primera visita respondian mejor á las disposiciones del alma, el trono de San Pedro, la Confesion, la cúpula, tres magnificencias de un órden superior.

En la vasta nave donde la vista se pasea sin hallar ni sillas, ni bancas, ni púlpito, se levanta un trono de obispo. Un pontífice está sentado en él; inmutable é inmortal como la verdad, cuyo órgano y guardian es. Ese pontífice es el mismo á quien se dijo: *Apacenta mis rebaños, apacenta mis ovejas, confirma á tus hermanos; he orado para que tu fe jamás desfallezca*. Y Pedro, el pontífice de los siglos, está siempre allí, viviendo en sus sucesores, enseñando por ellos, velando por su ministerio, por las ovejas y los rebaños. En la majestuosa soledad de la inmensa basílica, Pedro está solo; ante él todo calla, todo desaparece. Fuera de allí, habrá otros pastores, otros tronos, otras voces; pero aquí, en el primer templo de la cristianidad, no hay más pastor que él, ni más trono que el suyo, ni otra voz que su voz. Jefe supremo de la gerarquía, ve en todos

los pontífices esparcidos en las cuatro partes del mundo, miembros de su redil, coadjutores y no iguales. Su voz es su oráculo, sus órdenes la regla de su conducta, y por su mediación, el oráculo y norma del universo.

Al arrebatador espectáculo de la unidad católica personificada en San Pedro, la basílica añade otro no ménos sublime. Muestra al pecador galileo comprando su gloriosa prerogativa al precio de un inmenso amor. A pocos pasos del trono, está la *Confesion* del apóstol. Nombre admirable dado por el genio cristiano al altar de los mártires; porque recuerda que el testimonio de la fe le rindió el más irrecusable de los testimonios, el testimonio de la sangre. Bajo un rico baldoquin, sostenido por cuatro columnas de bronce de Corinto, se levanta el altar superior, el altar papal. Debajo está la tumba de San Pedro y San Pablo, ante la que arden noche y día ciento veintidos lámparas, triple símbolo del amor, de la veneración y de la fe. Se baja á ellas por dos escaleras circulares, del mejor mármol blanco.

Al aproximarme á esa Confesion eternamente venerada, no sé qué se apodera de vosotros y os subyuga. Se cree oír la voz del Hijo de Dios preguntando á su futuro vicario: *¿Simon, hijo de Juan, ¿me amas?* Y desde el fondo de esa tumba sale la voz de Pedro que responde: *Sí, Señor, sabéis que os amo*. Y estais conmovidos hasta el llanto en presencia de los huesos de dos mártires, gloriosos testimonios de su amor, y solo teneis ya palabras para bendecir y orar. Siguiendo el ejemplo de tantos millones de peregrinos, nuestros predecesores y hermanos, nos pusimos de rodillas. Apoyado contra la balaustrada de mármol blanco, que rodea la doble escalera, recité en nombre mio, en

el de mis amigos, en el de mi patria y en el del mundo católico, el símbolo de Nicea. ¡Oh! ¡cuán fácil es creer! digo mal, ¡cuán feliz y cuán orgulloso se siente uno de creer, estando allí!

Al alzar la cabeza, la mirada se pierde en la sublime cúpula. Al redor de la base resplandece la inmortal promesa del Hijo de Dios, escrita en inmensas letras de oro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella*. Tal es entonces la fuerza de las impresiones, que al leer ese oráculo, cree uno oír distintamente la voz divina que lo pronuncia; mientras que la cúpula resplandeciente de mosaicos os muestra, en su doble gerarquía de la tierra y el cielo, á la Iglesia católica, gloriosamente sentada sobre la palabra de su fundador, burlándose de sus enemigos y extendiendo hasta la eternidad su imperio sin límite y sin fin.

Hé aquí la inconmutable prerogativa del jefe de los apóstoles, pagada con un inmenso amor, y recompensada con un imperio vencedor del infierno, del hombre y del tiempo: hé aquí lo que dicen el trono de San Pedro, su tumba y la cúpula. ¿Podrá admirarse bastante al catolicismo, que atrae á tantos reyes, á tantos fundadores de imperios, á esa tumba elocuente á fin de revelarles la naturaleza de su poder, la extension de sus deberes, y la recompensa de su fidelidad, de acuerdo con las condiciones de su existencia social? Tales son las elevadas enseñanzas que da á los príncipes y á los grandes del siglo el augusto santuario. En cuanto al humilde viajero, la primera visita á San Pedro, despierta en él los sentimientos de sumision filial á la Iglesia, fe, admiracion, indefinible mezcla de respeto y de amor. Desde nuestra entrada á la maravillosa basílica, las horas habian pasado rápidas

como un instante, y el declinar del día vino á advertirnos que era tiempo de poner término á nuestra peregrinacion.

7 DE DICIEMBRE.

Vista general de las dos Romas.—Roma pagana.—Su extension.—Sus vías.—Su poblacion.—Roma cristiana.—Su posicion.—Sus bellezas.—Sus instituciones.—Primera entrevista del Soberano Pontífice.—Bendicion del Santísimo Sacramento en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ayer llenamos el primer deber de todo peregrino católico en la ciudad eterna. El verdadero rey de la ciudad, San Pedro, habia recibido nuestros homenajes; nuestro estudio de las dos Romas debia comenzar. Acompañados de un excelente amigo, cuya ciencia iguala á su adhesion, nos trasladamos á la azotea de una villa ¹ situada en la vertiente del monte Esquilino, en el lugar donde se presumia estaban los jardines de Heliogábalo. Desde allí se domina la vasta llanura en cuyo centro se halla Roma. Vueltos hácia el Oriente, teniamos á nuestro frente el Monte Cuvi ó Rómulo, rodeado de poblaciones aborígenas, cuna de la religion del Latium; en seguida, descubriendo un círculo por la parte izquierda, se ve Tusculum, con sus villas arruinadas y sus recuerdos cicerónicos; Tibur con sus pequeñas cascadas, apoyada en las montañas de la Sabina; el Sacro Monte, á donde se retiró el pueblo para sustraerse á la tiranía de los patricios; la elevada cima del monte Sócratos, de donde fué traído á Roma el papa san Silvestre, no para sufrir el martirio, como se cree, sino para asistir al triunfo del cristianismo y bautizar á Constantino; las solitarias campiñas de Civita

¹ Este nombre dan en Roma á las casas de campo ó quintas (N. del T.)

Vecchia; el Mediterráneo, que se dibuja sobre el azul del cielo como un cortinaje de plata; Ostia, que solo vive por su nombre y por sus conmovedores recuerdos de Agustín y de Mónica; Albano, sucesor de Alba la Larga, fundación de Eneas y tumba de Ascanio; en fin, sobre la altura Castel-Gandolfo, con su secular castillo, pacífica habitación de los Soberanos Pontífices, que de lejos puede tomarse por un inmerso faro levantado sobre un promontorio.

En la parte baja de este plano que limita el horizonte, aparecen, diseminados en llanura, algunos de esos monumentos que parecen sobrevivir á todas las revoluciones, para atestiguar de siglo en siglo el poder del pueblo rey. A la derecha, la tumba de Cecilia Métella, luego el acueducto de Claudio, cuyos gigantescos arcos atraviesan toda la Campiña Romana y forman el aéreo lecho del *agua virginal*, durante las seis leguas que separan las montañas de Subiaco de la Ciudad eterna; más allá las acumuladas ruinas de la admirable villa de Adriano y el mausoleo de la familia Plantia, sobre el camino de Tivoli.

En fin, en medio de la vasta llanura, Roma se presentaba á nuestros ojos, rodeada de la elevada y maciza muralla que Aureliano le dió por cintura. Pero esa Roma silenciosa y tranquila, cuyos elevados cimborios brillaban con los últimos destellos del día, no era ya la espléndida y bulliciosa capital de los Césares. Era preciso, sin embargo, para satisfacer nuestros deseos, contemplar la Roma de Augusto antes de estudiar la Roma de san Pedro.

Inspeccionando algunas osamentas fósiles del mastodonte, Cuvier reconstruyó el prodigioso cuadrúpedo desconocido desde hace largo tiempo. Con la historia en

la mano, intentamos la misma operación sobre el cadáver mutilado de la antigua Roma. Con la cooperación de la memoria y de la vista, esas dos potencias maravillosas de la que la primera, resucitando lo que ya no existe, completa el cuadro que la segunda imprime en la niña del ojo, reconstruimos la Roma pagana: héla aquí tal como se nos apareció, poco más ó ménos, tal cual era bajo el imperio de los Césares.

Resplandeciente de mármoles, de dorados y de todas las obras maestras de la civilización material más avanzada, la reina de la fuerza se hallaba situada sobre siete colinas; el *Palatino*, cuna de Rómulo y habitación de los Césares; el *Capitolio*, donde reinaba Júpiter; el *Aventino*, coronado por su templo de Diana; el *Caelius*, con sus torres y su mercado de pescados, tan frecuentado por los Apicius; el *Esquilino*, con sus múltiples cimas y su campo pretoriano; el *Quirinal*, y sus templos de Quinis y de Salud; el *Viminal*, cubierto en otro tiempo de espesas zarzas y más tarde de magníficos palacios. Roma, que había franqueado el Tíber cuyo profundo lecho la ciñe como una herradura, se extendía aun sobre el Vaticano y el Taticulo. Estaba dividido en catorce regiones ó cuarteles cuyos nombres, célebres en la historia, son los siguientes: *Puerta Capena, Caelimantium, Isis y Serapis, Moneta, Templo Pacis, Vea Lata, Esquilina cum tunc et colle Viminali, Alta remita, Foro Romano, Circo Filanimitius, Palatium, Circo Máximo, Piscina pública, Aventino, Trans Tiberim.*

Encerraba en su vasto recinto cuarenta y seis mil ciento dos islas, ó grupos de casas, separadas por calles; dos mil ciento diez y siete palacios, de una magnificencia inconcebible; cuatrocientas veinticuatro plazas ó encrucijadas; cuatrocientos seten-

ta templos de ídolos; cuarenta y cinco palacios consagrados al libertinage ó intemperancia; ochocientos cincuenta y seis establecimientos de baños; mil trescientos cincuenta y dos lagos ó recipientes de aguas; treinta y dos bosques sagrados; dos anfiteatros, de los cuales uno contenía ochenta y seis mil espectadores sentados, y veinte mil en las azoteas; dos grandes circos, el *Flaminio* y el *Maximus*; este último con ciento cincuenta mil lugares, según la opinión de los que le atribuyen ménos, y cuatrocientos ochenta y tres mil, según los que le atribuyen más; cinco lagos en donde se daban batallas navales; veintitres caballos gigantescos de mármol; ochenta de bronce dorado; ochenta y cuatro de marfil; treinta y seis arcos triunfales de mármol, adornados con las esculturas más delicadas; diez y nueve bibliotecas; cuarenta y ocho obeliscos; once furum, diez basílicas y un pueblo innumerable de estatuas de mármol, de bronce y aun de oro. Catorce acueductos que llevaban á Roma las aguas, ó mejor dicho, los ríos de las montañas vecinas; veinticuatro caminos ó vías con pavimento de anchas losas, con soberbios mausoleos á uno y otro lado, que salían de las veinticuatro puertas de la ciudad y conducían de la capital del mundo á las provincias.

Así se presentaba á nuestros ojos deslumbrados la ciudad de los Césares. No obstante, apenas habíamos visto la mitad del cuadro. Más allá del *Pomærium*, ó baluarte circular, más allá de las murallas que protegían la ciudad y cuya circunscripción formaba propiamente la ciudad, *urbs*, se extendía una nueva ciudad *civitas*, prolongación inmensa de la primera. Lo que son en nuestros días los subur-

bios de París á la ciudad primitiva, esta Roma *extra-muros* lo era á la Roma rodeada de las murallas y del *Pomærium*. Sus innumerables edificios cubrían la llanura circular, hoy desierta, que en un día metro de diez leguas, se extiende de Otricoli á Ostia, de Albano y de Tivoli hácia Civita-Vecchia. Hé ahí lo que es preciso saber para comprender á los autores contemporáneos que nos han hablado de la extensión y de la población de la antigua metrópoli del universo.

«Roma, dice Arístides de Smirna, es la ciudad de las ciudades, la ciudad del mundo entero. Un día no bastaría, ¿qué digo? todos los días de un año serían muy poco para contar todas las ciudades edificadas en aquella ciudad divina. Más allá de las murallas de la ciudad, todos los lugares están habitados, añade otro historiador; de suerte que el espectador que quiera conocer la extensión de Roma, se encuentra siempre en peligro de errar, porque carece de señal que le haga conocer dónde empieza la ciudad y dónde acaba. Esto viene de que los suburbios están de tal manera unidos á la ciudad, que presentan á los ojos la imagen de una ciudad que se prolonga hasta lo infinito.» 2

«La ciudad, continúa Arístides, desciende hasta el mar, en donde se encuentra el mercado universal y la distribución de todas las producciones del globo; y tal

1 Commune totius terræ oppidum, eadem urbs urbium quia videre in ea est omnes collacatas... deficiant non unus dies, sed quot quot habet annus, si quis ad numerare conetur omnes urbes in cælesti illa urbe positas, idque ob nimiam copiam. *Apud Casalium, de Orbis splendore* p. 34.

2 Omnia loca circa urbem habitata sine minibus esse, in qua si quis intuens magnitudinem Romæ exquirere velit is errare cogetur, nec habebit signum ullum certum quosque urbs incipiat, aut desinat: adeo suburbana nupsi urbi adherent et annexa sunt, præbent que spectantibus opinionem estensæ in infinitum urbis. *Dionysius apud eumden, p. 34 y 421.*

1 Véase á Nordini, *Roma antica*, p. 436, y á Onuphre Canvin, *de Rep. Rom.* 105, 114 á 124.

es la magnitud de Roma, que el espectador, en cualquier lugar que se le coloque, puede creerse siempre en el centro." 1

Tal era, pues, Roma pagana en los días de su esplendor. Más allá de sus murallas y sus colinas, proyectaba como si fuesen otras tantas ciudades, sus inmensos suburbios hasta el Tibur, Otriculum, Aricia y aun más léjos. 2 Segun estos testimonios, Roma y sus suburbios habrían cubierto una extensión de diez leguas de diámetro. Un hecho referido en la Via de Constantino establece á su modo la realidad de estas tremendas proporciones. Este príncipe, viniendo de Roma habia llegado á Otricoli. Ya habia recorrido una parte de este suburbio, cuando volviéndose hácia el persa Hormisdas, arquitecto célebre que jamas habia visto la Italia, le preguntó lo que pensaba de Roma. Admirado de la magnificencia y de la continuidad de los edificios: "Yo creo, respondió el extranjero, que ya hemos recorrido la mitad." Pues bien, estaba todavía á más de cuatro leguas de la ciudad, propiamente dicha 3.

A falta de otras pruebas como estas, el solo aspecto del campo romano demostraria la prodigiosa extensión de la antigua ciudad imperial. El suelo escavado, irregular, accidentado de mil modos, los innumerables despojos de monumentos ex-

1 Descendit etiam et pirregitur ad mare ipsa, urbi communæ est emporium, et omnium quæ teora proveniunt distributio. Tantam Romanam esse, ut in quacumque parte quit constituerit nihil impediatur, et in medium eum esse. Arist. *Hist. sub Adrian. apud Casal*, p. 34.

2 Munita erat præcelsum muris, aut abruptis montibus nisi quod expatiantia tecta multas addiderit urbes, in prima regione Plin. lib. III, c. 5.—Nempe ut tot esset urbes, quæ ipsa suburbia, quæ Tibur Otriculum, Ariciam atque alio excurrebant. *Casal*, p. 83.

3 Ammian. Marcella.

tendidos en la superficie, son como otras tantas voces que se elevan de todos los puntos de la llanura, y dicen: Aquí fué Roma 1.

Prolongando nuestras ávidas miradas sobre aquella fabulosa ciudad, veíamos brillar al pié del Capitolio, el famoso miliario de oro. De allí partían las vías numerosas que servían de comunicacion incesante entre la reina del mundo y todos los pueblos que habian llegado á ser sus vasallos. Sobre sus anchas losas nos parecia ver galopar á los *Tabelarios*, llevando las voluntades del César á Oriente, á Occidente, á las Galias, á la Germania, y hasta el centro de las Españas, con orden á las naciones que temblaban, de prosternarse ante los caprichos soberanos de un Neron ó de un Calígula. Se presentaban en seguida, cubriendo todas las avenidas, los innumerables extranjeros, de lenguaje, costumbres y hábitos tan diferentes, á quienes la curiosidad, el placer, la ambición, los negocios, llevaban todos los días, á millares, á una ciudad que más que ciudad de los Romanos, era la ciudad del Universo 2. Entre estas vías romanas, obras maestras de construcción y de solidez, se nos presentaba en primera línea la vía *Appiana*, á la que su magnificencia le habia valido el título de reina de las vías,

1 A pesar de los testimonios precisos de los autores mencionados ántes, es preciso admitir en los suburbios, la existencia de jardines más ó ménos vastos, y también de terrenos aislados (vagos) y de dominio público, en donde los romanos abrían sus carreras de lithoide y de pouzzolane.

2 Commune totius terræ oppidum. Arist. Totæ nationes illi simul et confertim habitant: ut Cappadocum, Scytharum, Ponticorum, et aliorum complures. Galen. *Elog. sophist. Pol. mont.*—Aspice hanc frequentiam, cui vix urbis immense tecta sufficiunt, maxima pars illius urbis patria caret; ex municipiis, ex colonis suis, ex toto denique orbe confluerunt. Senec. *ad Helviam*.

regina viarum. Pasando por Albano, Aricia, las Tres Logias, el forum de Appius, Sinuesse, Terracina, Fondi, Formium, Minturne, Capua, Nola, Nápoles, Nocera y Salerno, conducía hasta Brindes y á las fronteras orientales de la Italia.

La vía *Latina* se dirigía hácia los Abruzzos, Agnani, Terentino, Frosinone, Aquino, Arpino, situado al pié del monte Casino, y llegaba hasta Benevento.

La vía *Salaria* iba al país de los Sabinos.

La vía *Emiliana* unía á Roma toda la Italia Septentrional, pasando por Cesena, Bolonia, Módena, Reggio, Parma, Placencia, Milan, Bérgamo, Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Aquilia.

La vía *Flaminiana* tomaba su dirección por Otricoli, Narni, Spoleto, Pesaro, y acababa en Rímni, estación de la flota romana.

La vía *Aureliana* salía por el occidente, atravesaba la Liguria y llegaba hasta Arlés, de donde se desprendían brazos á todas las Gaulas.

Al sur, la vía de Ostia conducía á la ciudad de este nombre, puerto de Roma y estación del universo.

A estas vías de primer orden, que eran como las grandes arterias de la reina del mundo, se unían muchas otras cuyas largas sinuosidades iban á buscar los lugares de menor importancia, para llevar á ellos el movimiento que partía del corazón. Casi tan conocidas como las primeras en la historia profana, la mayor parte son gloriosamente célebres en los fastos de nuestros mártires. Basta nombrar la vía *Casiana*, la vía *Nomentana*, la vía *Tiburtina*, la vía *Prevestina*, la vía *Laveniana*, la vía *Ardeatina*, la vía *Valeriana* y por fin la famosa vía *Triunfal*. 1

1 Hé aquí los nombres de todas las vías romanas, comprendiéndose las ramificaciones: Vía

Sobre aquellos caminos magníficos, en aquellos suntuosos palacios, bajo aquellos innumerables pórticos, sobre aquellos inmensos forum, en medio de aquellos monumentos del lujo, del poder, de la riqueza, en una palabra, de la civilización material más prodigiosa que jamas existió, se movían cinco millones de habitantes. 1

Tal nos pareció Roma pagana. Esta visión, literalmente histórica de la cual no podría dar idea ninguna realidad del mundo actual, arroja al espíritu en una especie de estupor. A este primer sentimiento sucede una gran piedad. Sin duda por su arrogancia y su opulencia, se ha atribuido á la reina del mundo antiguo, el poder so-

Trajana, Appia, Lavicana, Præmestina, Tiburtina, Nomentaria, Salaria, Flaminia, Clodia, Valeria, Aurelia, Campana, Ostiensis, Portuensis, Janiculensis, Laurentina, Ardeatina, Setina, Quinctia, Cassia, Gallica, Cornelia, Triumphalis, Latina, Asinaria, Cimina, Tiberina. Las principales vías interiores ó grandes calles de Roma, eran nueve. Vía Sacra, Vía Nova, Vía Lata, Vía Nova alia, Vía Fornicata, Vía Recta, Vía Alta. Onuphr. lib. I, pág. 64.

1 Este es el cálculo del sabio Justo Lipsio. Nos parece ménos hipotético y mucho más conforme á las expresiones de los autores paganos, que las conjeturas de algunos escritores modernos, de los cuales, muchos han querido reducir á un millón la población de Roma, segun el número de las medidas de trigo suministradas al consumo anual de esa capital por el Egipto y la Sicilia.—Hablando de la clausura del lustro, (fiesta romana) hecha por Claudio el año 801, Tácito se expresa así: *Condiditque lustrum quo censa sunt civicum LXIX centena et XLIV milia Tacit. Annal. lib. XI, cap. 25.*

Si se reflexiona, primero en el número de los grupos de las casas *insula*, y de los palacios en cerrados en el recinto de las murallas; segundo, en la inmensa extensión de los suburbios; tercero, en esa multitud de extranjeros ó más bien de naciones, como dice Aristides, que aflúan á Roma; cuarto, en el número prodigioso de esclavos que excedía con mucho al de los señores; quinto, en ese pequeño pueblo de Roma, del cual solo una parte (trescientos mil) vivía del tesoro; sexto, en las cohortes pretorianas, en la guarnición, en el espantoso número de gladiadores, etc., que combatían día á día en los circos ó en los anfiteatros, no se hallará nada exagerada la cifra indicada arriba.